

LIBERACION CONTRA SOLIDARIDAD

POR

MARÍA EUGENIA ARGERICH

«Liberación contra solidaridad» no es simplemente la oposición existente entre un movimiento ideológico revolucionario que propugna la lucha de clases y un sindicato católico que reivindica la dignidad de los trabajadores en uno de los países bajo dictadura comunista.

«Liberación contra solidaridad» es, además, la disyuntiva entre dos formas de entender la vida, fundadas, la una en el egoísmo y la otra en la caridad.

Mientras el egoísmo destruye la esencia y valores del hombre, reduciéndolo a su faceta animal, la caridad y el amor lo perfeccionan y enriquecen a imagen y semejanza de Dios.

«Quizás una de las más vistosas debilidades de la civilización actual esté en una inadecuada visión del hombre. La nuestra es, sin duda, la época en que más se ha escrito y hablado sobre el hombre, la época de los humanismos y del antropocentrismo. Sin embargo, paradójicamente, es también la época de las más hondas angustias del hombre a niveles antes insospechados, época de valores humanos conculcados como jamás lo fueron antes» (1).

Ciertas son estas palabras de Juan Pablo II y no menos cierto es que la época actual se distingue por un claro contraste entre el inmenso progreso realizado por las ciencias y la técnica y el asombroso retroceso que ha experimentado el sentido de la dignidad humana.

(1) JUAN PABLO II, Discurso en Puebla de los Angeles, 28 de enero de 1979.

Son muchos los individuos que no encuentran sentido a su existencia; es el drama del hombre amputado de una dimensión esencial de su ser, que es creer en la verdad; es el drama del hombre privado de una proyección hacia lo trascendente, es decir, hacia Dios.

El hombre se encuentra solo porque no existen ideales de verdad compartidos, cada hombre tiene «su verdad», de modo que sólo encuentra en su propio yo un interlocutor válido.

Es la comunicación entre los espíritus la que salva al hombre de la soledad y esta comunicación es capaz de otorgar al hombre, a su vida, el sentido que ni su mera existencia, ni el mundo circundante le ofrecen.

A esta situación de angustiada incomunicación se ha llegado poco a poco y paso a paso de la mano de numerosas liberaciones, que han ido despojando al hombre de los lazos que lo vinculaban a su razón de ser y existir.

Con un marcado carácter destructivo, estas liberaciones han ido privando al hombre de sus raíces. De modo que la persona ya no se siente miembro de la sociedad, sino que, fomentando sobre todo el espíritu crítico, pretende analizarla desde fuera como algo completamente ajeno a sí mismo.

Nos encontramos entonces con un hombre liberado, sí, pero completamente desarraigado e indiferente ante las cosas y la vida que le rodean, por no haber podido construir un mundo interior mediante el amor, el esfuerzo y la entrega, por no poseer un mundo circundante en el que las cosas y personas adquieren un sentido propio.

Y es que esta liberación es contraria a la naturaleza esencial del ser humano ya que «el arraigo es tal vez la más importante y la más desconocida necesidad del alma humana. Un ser humano tiene una raíz por su participación real, activa y natural en la existencia de una colectividad que conserva vivos ciertos tesoros del pasado y cierto presentimiento del porvenir... cada ser humano tiene necesidad de tener múltiples raíces...» (2).

(2) WEIL, S., citado por VALLET DE GOYTISOLO en *Sociedad de Masas y Derecho*, Taurus, Madrid, 1969, pág. 110.

Liberar al hombre será, en consecuencia, romper su dependencia de: leyes, costumbres, poderes, creencias, etc. Liberar al hombre para romper las estructuras, para que el nuevo hombre sincronice al ritmo de la historia y de la revolución.

Son muy variadas y numerosas las liberaciones que han fructificado en la España de las dos últimas décadas: liberación de la mujer, liberación de la juventud, liberación sexual, cultural, política, ecológica, liberación del pasado, liberación de la Historia, liberación económica, liberación generacional, liberación sindical, liberación religiosa, etc. Algunas más notorias que otras, pero todas ellas, sin duda alguna, con unas consecuencias nefastas para el individuo y para toda la sociedad.

Veamos ahora, sucintamente, algunas de estas liberaciones que sin ningún disimulo están triunfando en nuestra Patria.

La liberación de la familia.

En primer lugar, creo que todos estarán de acuerdo en afirmar que una de las liberaciones más trabajada ha sido la de la familia.

Así, contemplamos que en la «célula» más importante de la sociedad tradicional y cristiana se ha ido perdiendo el poder vinculador entre los esposos. Con la legalización del divorcio se ha devaluado el sentido de la fidelidad a la palabra dada, y el hombre y la mujer se han liberado ante el matrimonio, pero al precio de perder una ocasión preciosa para afirmarse moralmente y comprometerse de por vida. Y se valorarán más primaria y sustancialmente los impulsos afectivos y espontáneos que el propio amor humano, sin tener en cuenta que con esta permisividad se está contribuyendo a socavar las bases en que descansa todo orden social estable: «la misma posibilidad de divorciarse ayuda a que el matrimonio fracase», pues éste, «como cualquier otra cosa valiosa, pide fuertes esfuerzos y resistencias; quien sabe que el matrimonio es indisoluble superará toda dificultad; quien va al matrimonio sabiendo que existe posibilidad

de divorcio, no hará ningún esfuerzo para vencer el más mínimo obstáculo que se presente en la vida matrimonial o familiar» (3).

Finalmente, huelga señalar que el auge divorcista tiene efectos nefastos sobre la psicología familiar y en los hijos de los divorciados. Para confirmar estos extremos, únicamente debemos acudir a las estadísticas de delincuencia juvenil y suicidio infantil.

En resumen, esta liberación es desastrosa para la familia en particular y para el bien común de la sociedad.

La liberación de la familia está muy estrechamente ligada al fenómeno de la liberación de la mujer, que supone la liberación de unas leyes y unas situaciones injustas de opresión. Pero conseguidos ya en España el derecho al divorcio, la despenalización del adulterio, etc., esta liberación de la mujer sólo puede implicar la liberación de su propia condición femenina. Y esto es lo más grave, mucho más que el abandono del hogar para desempeñar un trabajo. Es la «liberación de nuestro propio ser, de nuestra propia entidad, de nuestra propia realidad ontológica, pues queremos dejar de ser lo que somos, ya que queremos liberarnos de lo más inserto en nuestra personalidad: la maternidad» (4).

Se plantea aquí claramente la dicotomía que existe en todas las liberaciones: el egoísmo contra el amor. Así, se reivindicó primero el suministro gratuito de anticonceptivos y a continuación el derecho al aborto. A cambio de la comodidad y el placer nos hemos liberado, sí, pero de la felicidad.

Todo ello es sinónimo de un egoísmo que reclama el derecho al propio cuerpo como objeto de placer, con lo cual, la mujer se convierte en cosa. Y reclama para sí el derecho a destruir una vida ajena que no le pertenece.

La destrucción de nuestra propia entidad femenina, el dejar de asumir nuestra más íntima realidad lleva consigo la des-

(3) ALVARO DE SILVA, «El Divorcio como agujero», en *Nuestro Tiempo*, 274, abril de 1977, pág. 37.

(4) ELISA RAMÍREZ, «La liberación de la mujer», en el volumen, *La familia y sus problemas actuales*, Speiro, Madrid, 1980, pág. 129.

trucción de la sociedad. El aborto conduce faltamente a la eugenesia y a la eutanasia, con lo que llegaremos a una sociedad demencial, rota en pedazos, donde la vida de la mujer se habrá desintegrado y la sociedad morirá porque «una sociedad en que la mujer no sea transmisora de vida sino enviada de la muerte ha fallecido» (5).

La liberación del pasado.

También hoy nos liberamos del pasado, se produce un distanciamiento expreso de nuestra historia. Esta toma de distancia es favorecida por el tan de moda espíritu crítico que obliga a ver las cosas desde fuera, siguiendo las pautas del racionalismo.

Este contemplar nuestra historia y nuestras tradiciones extrínsecamente, hace que todos los hombres y hechos ilustres sean mirados a distancia, con reparo y recelo, con indulgente prevención, como frutos de una opresiva mistificación.

De aquí la creciente crítica que se hace de la historia de España so pretexto de un mayor rigor científico. Y esto es lo que está ocurriendo en nuestra Patria: se intenta una depuración de su historia, que niega sucesivamente toda su ejecutoria y su espíritu en temas clave como la Reconquista, la Contrarreforma, la Conquista y Evangelización de América. Todo es vituperable; hay que pedir perdón a moros y protestantes; nos avergonzamos de nuestro pasado; los aciertos se valoran como errores.

La liberación de la patria.

Y no sólo nos estamos liberando de la esencia y alma de la Historia de España sino de la esencia de España como pueblo y nación: «Así, asistimos en los últimos veinte años a la defección —separación— súbita de grandes grupos humanos respecto a cuanto habían creído y respetado durante milenios; a

(5) ELISA RAMÍREZ, «La liberación de...», en el volumen, *La familia...*, pág. 133.

lavados inconscientes de cerebro, a una pérdida de la memoria colectiva, a una universal insolidaridad entre padres e hijos, a la desmembración de nacionalidades forjadas en siglos de historia» (6).

Y es que «ninguna realidad histórica se sostiene a lo largo del tiempo sin una mínima participación de sus miembros en aquello que la creó y le dio razón de ser».

Son muchos los españoles, y no precisamente entre los jóvenes, que no participan y desconocen por completo los ideales que sirvieron de aglutinante a nuestra unidad nacional; por ello no tiene que extrañarnos que a estas alturas la unidad de España se cuestione y que zonas muy concretas del territorio nacional aspiren a liberarse plenamente, es decir, a lograr su independencia como naciones soberanas.

Esta es la postura tremendamente egoísta y cerrada de algunos grupos separatistas que, por pura demagogia, se pueden declarar solidarios con otros países, pero que intentan por todos los medios marcar las distancias con el resto de España.

Así, se potencian todos los fenómenos diferenciales, culturales o socio-políticos intentando resucitar viejos y ancestrales motivos, dejando de lado aquellas realidades más cercanas en el tiempo y que más podrían indentificarlas con el sentir nacional que dio lugar a su unidad.

Vemos, por lo tanto, que se utilizan aquellas peculiaridades de cada región en concreto, no con un empeño de enriquecer para «exaltar la rica multiplicidad» de las regiones de España, sino que son un intento por separar, dividir y desmembrar: en resumen, empobrecer y destruir.

Con lo cual esta liberación lleva al desasimiento artificial del propio ser. Desde esta perspectiva se sitúa a España como algo lejano y objetivo, de lo que no se es partícipe, perdiéndose en consecuencia esa virtud del patriotismo que nos obliga a contemplar a nuestra tierra sintiéndose parte de ella con una vivencia íntima y profunda.

(6) RAFAEL GAMBRA, *El Lenguaje y los mitos*, Speiro, Madrid, 1983, pág. 95.

La liberación cultural y educativa.

Enlazando muy directamente con lo anterior, podríamos hablar de la compleja liberación cultural.

¿Quién no ha observado el desarraigo engendrado por los *mass-media*, creando fuertes servidumbres ideológicas o económicas de marcado carácter marxista?

Al vaciarse casi por completo el contenido de nuestra civilización occidental, de su sentido y finalidad, tal como ha observado Rafael Gamba, será preciso buscar su razón de ser en aptitudes remotas, por vía de evolución o pervivencia en el subconsciente. «Diríase que nuestra cultura actual constituye un esfuerzo titánico por ver a los otros (especialmente a los primitivos e incluso a los animales) *desde dentro* y a nosotros mismos *desde fuera* como extraños» (7).

La cultura ya no será enriquecimiento del espíritu sino destrucción de contenidos y de raíces para obtener la liberación del hombre. Será como una gran empresa erradicadora de cuanto de histórico y religioso habita en la mente de los individuos.

La liberación cultural da como resultado un hombre para el cual las nociones de bien o verdad absolutos no existen. El espíritu se vacía de todo género de referencias y principios.

Esta actitud de liberación ha tenido especial incidencia en la moderna pedagogía, que no prevé el aprendizaje de unos contenidos ni de valores objetivos, sino que antepone la creatividad, que debidamente motivada surgirá en el niño como fruto de una evolución psicobiológica.

En este mismo proceso educativo se inicia al niño en la llamada concientización, en la que se empieza por convencer al alumno de su situación de marginación u opresión, adquiriendo ya conciencia de clase. A partir de aquí todas las relaciones de la vida del hombre son presentadas como sistemas de opresión.

Como resultado de este proceso se consigue un ciudadano

(7) RAFAEL GAMBRA, *op. cit.*, pág. 91.

liberado de toda alienación, dogmas, conocimientos, emociones e instituciones del pasado.

Paradójicamente, el ciudadano liberado, el hombre concienciado parece ser que se autorrealiza plenamente. Y lo cierto es que proclamada la supresión de todas las alienaciones, concluye esta liberación con la alienación total y suprema del hombre.

La liberación económica.

También somos testigos de la liberación económica. El funcionamiento actual de las estructuras económicas pone claramente en peligro la dignidad humana del trabajador, debilitando el sentido de su responsabilidad, impidiendo en numerosas ocasiones la expresión de su iniciativa propia. El provecho propio es el motor esencial de la economía, la propiedad privada de los medios de producción, como un derecho absoluto, sin límites ni obligaciones sociales correspondientes.

En el terreno del desarrollo industrial, priva el egoísmo, se intenta sacar el mayor beneficio, sin detenerse ante el abuso, sin tener en cuenta que la economía y la industria deben estar al servicio del hombre y no al revés.

Esta liberación sin freno conduce a una sociedad insolidaria, donde se entiende que el dinero se puede ganar de cualquier manera, sin moral ni freno, enfrentando al patrono y al obrero en una lucha desigual, lo que lleva a situaciones injustas, de explotación y violencia, de carencia de leyes sociales y por reacción al odio y enfrentamiento entre las clases sociales.

En esta misma línea podríamos introducir la liberación de los sindicalismos, que en lugar de desempeñar su papel se prestan a la política estatista por pura manipulación, permitiendo que se pierdan conquistas sociales, guardando silencio, por ejemplo, cuando nuestra Seguridad Social se libera también de los compromisos adquiridos, prestando cada vez menos servicios y más defectuosos.

La liberación también ha llegado hasta el campo. Pueblos y comarcas se ven hoy abandonadas o en trance de abandono,

porque no se puede ir en contra de los nuevos tiempos. Sus actuales moradores están convencidos del carácter irreversible del proceso industrializador que hará que sus tierras no sean rentables. El hombre del campo ha prescindido del sentido de su propia vida y de la capacidad de enfrentarse con el destino. Las generaciones anteriores se agarraban y defendían con valentía lo que les era propio: su casa, campos y hacienda, prescindiendo casi por completo de la realidad exterior a su aldea. Hoy en día, el hombre del campo, gracias a los medios de comunicación, vive algo ajeno a su entorno más cercano, desinteresándose por lo propio y dispuesto a venderlo todo a cambio de un salario en la ciudad.

La liberación política.

La liberación ha llegado también al plano político. Prácticamente la totalidad de la clase política española vive de espaldas a su patria, carece de esa vivencia interior o patriotismo, y en su lugar encontramos un desligamiento total respecto a las realidades concretas. Actualmente estos hombres son capaces, en virtud de un reformismo inmoderado, de anular nuestra realidad histórica y conseguir una efectiva disolución de nuestras estructuras profundas. No existe «ortodoxia pública»: la verdad se ha sustituido por la opinión, la razón por el sufragio.

La liberación de la juventud.

Naturalmente no podemos dejar de citar la liberación de la juventud. El cambio constante que se experimenta en la sociedad actual es tan vertiginoso, que padres e hijos no encuentran un mundo espiritual ni de valores que compartir. La juventud se interpreta como una cualidad de la persona y se utiliza como bandera y como instrumento de lucha. Mediante la demagogia se halaga sin cesar a la juventud, como «generación oprimida» y se llega a creer en cierto mesianismo de la juventud. Lo joven

y lo nuevo, se erigen como valor supremo. Ante este «conflicto generacional», algunos padres estiman la superioridad de la juventud y se empeñan ridículamente en mantenerse al día, procurando hacerse perdonar la edad y la paternidad.

Y en este sentido podríamos ir descubriendo sucesivas liberaciones, moral, ideológica, de clase, religiosa, etc., es decir, liberación en todos los ámbitos de la vida del hombre.

La solidaridad restauradora.

Frente a todas las liberaciones que destruyen nuestra sociedad —ya que se fundamentan en la envidia, la soberbia, el odio, la pereza, el egoísmo, la avaricia, la lujuria y la codicia—, hay que oponer la caridad y el amor; es decir, la solidaridad, encaminada sobre todo a crear vínculos entre los hombres. Estos lazos de amor invisibles y que enriquecen al individuo uniéndolo con los demás: «Porque el hombre —cada hombre— es esa serie de lazos que él mismo —en buena parte— ha trabado con las cosas: todo aquello que considera como suyo y sin lo cual su vida carecería para el mismo de sentido hasta reconocerla como impensable. Su ser no es pura naturaleza potencial, ni consiste sólo en su meras disposiciones nativas o hereditarias aunque sea también eso. En tanto que hombre individualizado, actual, irrepitable, se ha forjado en una misteriosa relación con cuanto le ha rodeado en cuyo círculo ha ejercido su capacidad de entrega y apropiación» (8).

El ser humano está continuamente llamado a vincularse responsablemente a otras cosas en su dinamismo perfectivo; esta tendencia hacia la perfección no tiene término ni cortapisas, y en la medida que aumenta la vinculación del hombre con Dios, éste hombre se realiza libre y plenamente en la verdad.

Porque «hacer libre a un hombre no consiste en desasirle de su propia labor —de los lazos de su mundo— sino de conseguir que trabaje en lo que ama, o que ame aquello que realiza. Los

(8) RAFAEL GAMBRA, *op. cit.*, pág. 132.

hombres libres no son aquellos que flotan indiferentes o desahogados de cuanto les reodea, sino los que logran construir un mundo suyo, aunque no trascienda de su vida interior... El hombre más dueño de sí y de su mundo y con mayor personalidad es también el más ligado y obligado a ese mundo propio, porque los lazos que con él le unen son más firmes y exigentes» (9).

Y es que frente a este hombre liberado y egoísta, incapaz del compromiso, existe el hombre solidario, sin miedo a la libertad y responsabilidad, que hace de su libertad un servicio y que desea ante todo comprometerse, que sale de sí para entregarse a una obra en común.

La Solidaridad pretende unir y dar coherencia a las piezas de ese rompecabezas que es la sociedad actual acosada por las liberaciones.

El mundo de hoy tiene una gran necesidad de hombres, instituciones y estructuras solidarias, que con su caridad y responsabilidad permitan al hombre vivir en una sociedad armónica, en la cual debe existir ante todo una comunión profunda de fe de anhelos y emociones.

Por ello todos tenemos el compromiso de trabajar en esa gran tarea que espera a los hombres y mujeres solidarios.

Asumiendo el espíritu de esta hermosa oración:

«Hazme, Señor, instrumento de tu paz:
Que donde haya odio, ponga yo el amor.
Donde haya ofensa, ponga el perdón.
Donde hay discordia, ponga la unión.
Donde haya error, ponga la verdad.
Donde haya duda, ponga la fe».

Y que bien podríamos finalizar con lo siguiente:

Donde se ha destruido con liberación,
Restauraremos con solidaridad.

(9) RAFAEL GAMBRA, *op. cit.*, pág. 133.